

La catástrofe de una Democracia

Antes de que la guerra termine, podemos certificar una catástrofe: ética, ciertamente, mas no por eso menos catástrofe. Es la de los Estados Unidos.

República y democracia por excelencia, aquel Estado parecía plasmar los más utópicos sueños de pacifismo que concebirse pudiera y sobre todo, las normas de Derecho de gentes o de Humanidad superiores a los egoísmos nacionales.

Pero no ha habido tal. Los Estados Unidos han elevado a la categoría de suprema ley y deidad primaria el interés mercantil. Y ha naufragado todo el caudal ético de un pueblo que parecía predestinado a proferir tangible la palabra «paz».

Porque a la hora presente, los Estados Unidos deben sentirse agobiados bajo el peso de una grave responsabilidad moral al percatarse de cómo sin los esfuerzos gigantescos de su dinámica industrial, habríase humillado, impotente, Rusia, y por ende habría surgido ipso facto el ansiado fin de la conflagración.

Un pueblo de esencias democráticas, puesto en el dilema de enriquecerse torticeramente o abrir paso con su parálisis productora a la paz, por el segundo término debiera optar. Sobre todo, si para fomentar esta paz no tropezaba con el obstáculo de algún ideal nacional o aspiración secular que le impulsase a tomar partido por una de las naciones en lucha: que tal es el caso de los Estados Unidos.

Pero esta Nación ha caído a los pies del más mezquino de los impulsos sociales: el interés. Y el hecho de que el interés haya sido bastante a torcer en absoluto la recta trayectoria de un pueblo, con la anuencia de todos, altos y bajos, ofrecer un desconsolador panorama de perspectivas sociales. ¿Quién, en efecto, podrá permitirse el lujo de pensar en pacifismo alguno, si ante este ejemplo hay que rendirse reconociendo la supremacía tan lamentable como incuestionable del factor «lucro» en las convulsiones de la Humanidad?

Los Estados Unidos podrían haber puesto término a la guerra cerrando a piedra y canto sus fábricas de maquinaria bélica. No lo han hecho así, antes al contrario, han reduplicado su productividad, anteponiendo el crecimiento de sus ingresos a la disminución o extinción de esa espantosa carnicería humana; el hecho es así: y no cabe apelar a los eufemismos ni a las interpretaciones sofisticadas. Eso es, sencillamente, la bancarrota de todo un grado de cultura. Eso demuestra que la solidaridad humana todavía es

muy enflaquecida. Eso patentiza que la conciencia de los ideales éticos se nubla todavía con mucha frecuencia.

Yo concedo más importancia a ese hundimiento de una esperanza en el Derecho Natural, en una especie de cómitas gentium más honda, más filosófica y arraigada que la primitiva utilizada como simple argucia por los estatutistas belgas de hace siglos, que al más estrepitoso y sangriento de las naciones europeas enzarzadas en lucha.

Al fin, anima a todas éstas un alto espíritu, sea de imperialismo, sea de libertad, sea de nacionalismo defensivo solamente. Pero allá, en aquel país norteamericano, falta todo esto; allá no aparece otro ardor que el de contemplar un paulatino ascenso de las colizaciones de algunos «trusts»... ¡Y en aras de esta sorda codicia crematística, perece el pacifismo y el humanitarismo!

Lo repetimos: antes de que la guerra concluya, procedo denunciar ese derrumbamiento de un pueblo que a no haber padecido tanta ofuscación, podría ceñirse los laureles del Pax vobis. Pero ha preferido fabricar metralla y ante el augusto tribunal de lo Eterno, no podrá diluir su responsabilidad.

Porque si delinque el que mata, ¿merecerá absolución quien entrega a aquél medios con que matar?...

JOSÉ CALVO SOTELO

Sobre la guerra

CARTAS A UN AMIGO

Augurios lógicos

Mi querido Antonio: No debíamos considerar, por improbable, por casi imposible, la hipótesis de la derrota de Alemania. Pongámonos, sin embargo en lo peor, admitiéndola; y así, si no hemos perdido del todo, no ya la dignidad nacional, pero el instinto de conservación, veremos que únicamente de nosotros pende la pronta reconquista de Gibraltar, y con ella la de nuestro poder y nuestros antiguos prestigios.

Todo es providencial en el mundo y esta guerra, tan terrible que presenciáramos, nos ha traído a los españoles, con los daños a todos inherentes, bienes y enseñanzas de inapreciable valor, que debemos apresurarnos a aprovechar.

Ante el interés de la inmensa tragedia, España ha despertado del cobarde letargo en que la sumiera el desastre de su imperio colonial, y ha demostrado tener aún amor patrio y unidad de miras y viril entereza, para oponerse a las maquinaciones de los que quieren llevarnos a la guerra.

Nuestras generales simpatías por

Alemania suponen otro tanto odio para Inglaterra, y este odio es nuestra esperanza y nuestra salvación. El odio es un sentimiento legítimo, como el amor. Puede decirse que van siempre juntos: se ama la virtud porque se odia el vicio; se va tras el placer, huyendo del dolor; agrada y seduce la lealtad, porque indigna la traición; hicimos nuestra epopeya de siete siglos, tanto por amor al Crucificado, como por odio al agareno; y la de nuestra Independencia, porque latían al unísono en nuestros corazones el amor a la patria y el odio a Napoleón. Tan juntos van que a veces se confunden, y a veces se truecan el odio en amor y el amor en odio.

Si el odio no fuera un sentimiento noble, no se daría en Dios, y Dios odia el pecado.

Advierte que digo el pecado, y no al pecador. Así yo, así todos los españoles debemos odiar a Inglaterra, abominando y detestando en ella su pecado, su desaforada ambición, su falsa, sus tretas, sus perfidias, sus depredaciones.

De este odio debemos hacer el alimento de nuestro espíritu, añadir una estrofa española al himno alemán en él inspirado. Cuanto más odiamos nuestra cadena, más decididos estaremos a romperla. Y nosotros no seremos ni valdremos nada, mientras no rompamos el yugo de Inglaterra.

Se dice que nuestros intereses son comunes; por lo mismo, no pueden ser más antagónicos. De eso se trata, precisamente: de que Gibraltar, y Tánger, y Ceuta, y Sierra Carbonera no sean, a la vez, cosa suya y nuestra, de romper para siempre con ese vecino molesto, que interviene a la fuerza las operaciones de nuestra casa. Harto tiempo lo soportamos, porque hemos estado solos, porque hemos sido débiles para contrastarlo. Ahora vamos a ser fuertes, ya nos unamos a Alemania, ya continuemos aislados. Porque esta guerra nos ha enseñado muchas cosas.

Sabemos ya que esos fantasmones de acorazados ingleses, con que a todas horas se nos amenazaba, como de noche a los niños, con el coco, no sirven para nada, donde hay submarinos tripulados por gente heroica, y minas que defiendan las costas. Sabemos que con lo que cuesta un dreadnought se pueden fortificar nuestros puertos y la entrada de las rías gallegas, para no temer ya a la reina destronada de los mares. Sabemos que, una vez esto conseguido, podremos hacer caso omiso de ese círculo de los trece kilómetros, trazado por el compás de Inglaterra alrededor del Peñón, como coto redondo de sus oprobios, territorio exento del poderío de España, especie de muralla de la China defensora de Gibraltar, y fortificar los puntos que nos dé

la real gana para hacer polvo sus baterías.

Todo esto sabemos y debemos saber todos los españoles amantes de España, para hacer de esta nobilísima aspiración el ideal nacional, y el primero de nuestros intereses políticos.

La imparcialidad me obliga a reconocer que este Gobierno, viene preocupándose del papel reservado a España, llegado el ajuste de cuentas de la paz, a fin de estar lo mejor preparados posible, para que se nos escuche y se nos pague la neutralidad que tan valientemente venimos sosteniendo. A esto obedecen las visitas de Weyler a Cartagena, y del ministro de la Guerra a nuestras fábricas militares.

Esto es algo, no todo. Hay que robustecer esta política patriótica, arrumbando, por funesta, la del miedo; barrer todos los obstáculos que a su desenvolvimiento se opongan; aprovechar este movimiento de opinión, vigorizarlo con iniciativas de lo alto, causa de tantas resurrecciones del alma española a través de los tiempos.

Si unos gobernantes no sirven, impónganse los verdaderamente idóneos. El pueblo, suscribiendo un empréstito, que yo llamaría de Gibraltar, dará con qué defender nuestro litoral y poder armar debidamente un ejército de 500.000 hombres. Y entonces... que venga Inglaterra a meternos, como se dice vulgarmente, un brazo por una manga.

Tengamos fe en nuestras fuerzas y en nuestros destinos. Vergonzoso es que una nación de veinte millones de habitantes no se sienta capaz de romper una tutela que la deshonra. El pueblo que no se sonroja ante sus humillaciones, que no sueña con su liberación y no pone los medios para conseguirla, es pueblo muerto.

No, España respira todavía. Ha salido de su postración. Se ve requerida, luego vale. Mide sus fuerzas, cobra ánimos. ¿Qué le falta? Romper sus ligaduras. ¿Las romperá? Ya comienza a avergonzarse de ellas. Espéralo confiado, como lo anhela y espera también tu muy affino.

R. SÁNCHEZ MADRIGAL

¡GIBRALTAR!

Orgullo fuiste del solar hispano, y apartamos de ti la vista hurfana; que despiertas, al par, en mezcla extraña, santos amores y rencor insano.

Propicio a la traición, cupo al britano en ti del godo infiel pujar la hazaña, y en tu abrupto cantil, de cara a España, su pirata pendón clavar ufano.

Como eterna visión de pesadilla lo miro flamear, reto insolente, reto sin aceptar que nos humilla;

y a su pie el mar inglés que, en la rompiente de España abofetea la mejilla, escupiéndole espumas a la frente!

R. SÁNCHEZ MADRIGAL